

todos estos recuerdos están llenos de incertidumbre, y nada útil se puede sacar de ellos. Hasta el siglo décimo cuarto no volvieron á descubrirse, ni á entrar en el dominio de los hombres. Desde entonces solian ir á ellos algunos osados navegantes de varios países. El infundir aliento á los marinos para que se adelantasen en el Atlántico, fue la consecuencia mas fecunda que emanó de su descubrimiento.

Mas de la prevision de un talento superior fue de donde los descubrimientos recibieron un colosal impulso, que no seguramente de la casualidad. Fue este el príncipe Enrique de Portugal, hijo de Juan I, llamado el vengador, y de Felipa de Lancaster, hermana de Enrique IV de Inglaterra. El carácter de este hombre ilustre, cuyas empresas dieron tanto estímulo al genio de Colon, merece particular noticia.

De muy joven acompañó el príncipe Enrique á su padre al Africa en una expedicion contra los moros, que dió por resultado plantar las victoriosas banderas de Portugal sobre las almenas de Ceuta. Enrique se distinguió repetidas veces en esta campaña. Pero su vocacion no le llamaba á los azares de la guerra, sino á los encantos de las artes: así es que en medio de las luchas se consagraba á estudios por cierto muy dignos de un príncipe.

Mientras estuvo en Ceuta, recibió de los moros muchas noticias relativas á lo interior del Africa y á la costa de Guinea, regiones desconocidas á los europeos. Conoció la idea de que se podian hacer descubrimientos importantes navegando á lo largo de la costa occidental del Africa. Al volver á Portugal se habia convertido esta idea en su principal y continuo pensamiento. Separándose del bullicio de la corte se sumergia en el retiro de una casa de campo de los Algarbes, cerca de Sagres, en las inmediaciones del cabo de S. Vicente, y en plena presencia del Océano. Allí se rodeó de algunos sábios y dió principio á los estudios marítimos. Era excelente matemático, y adquirió con facilidad, maestría en la parte astronómica que aprendió de los árabes españoles.

Al estudiar las obras de los antiguos, habia hallado en ellas las que él creia pruebas abundantes, de que el Africa era circunnavegable, y posible, por lo tanto, llegar á la India costeándola. Le habia causado impresion la narracion del viaje de Eudoxo de Cizico, que se dió á la vela en el mar Rojo, salió al Océano, y continuó hasta Gibraltar. Corroboraba este suceso la expedicion de Hannon el Cartaginés, que habiendo salido de Gibraltar con una flota de sesenta buques, siguió la costa africana, y se decia haber llegado á las de Arabia. No hay duda que diferentes escritores de la antigüedad habian desacreditado estos viajes; y que despues de admitir los geógrafos por mucho tiempo la posibilidad de circunnavegar el Africa, la negó Hiparco y no se creia desde entonces. Era Hiparco de sentir de que estaba cada mar inscripta y como encerrada en una inmensa taza de tierra, y de que fuese el Africa un continente que se dilataba hácia el polo antártico y rodeaba la mar india para juntarse al Asia mas allá del Ganges. Esta opinion habia recibido asenso y perpetuidad de Ptolomeo, cuyas obras eran reputadas como dogmáticas en punto á geografía, por los tiempos de Enrique. Pero todavia se inclinaba el príncipe á la creencia de los antiguos que hacia circunnavegable el Africa, opinion que varios doctos modernos sancionaban. El fijar esta importante cuestion, el practicar en efecto la circunnavegacion del Africa, eran objetos dignos de un príncipe, cuyo ánimo se inflamaba al considerar las inmensas ventajas que conquistaria para Portugal llevando á cabo tan gigantesca empresa.

Los italianos ó lombardos, como solian llamarse entonces, hacia mucho tiempo que habian monopolizado el opulento comercio del Asia. Tenian establecimientos mercantiles en Constantinopla y en el mar Negro, para recibir los ricos productos de las islas de las es-

pecies, situadas cerca del Ecuador, y las sedas, gomas, perfumes, piedras preciosas y otros artículos de comodidad y lujo, egipcios y asiáticos, que distribuian despues por toda la Europa. Las repúblicas veneciana y genovesa se habian elevado á su opulencia por medio de este tráfico. Tenian factorías hasta en los países mas remotos, sin exceptuar las heladas regiones de la Noruega y de la Moscovia. Emulaban sus mercaderes la magnificencia de los príncipes. La Europa entera rendia homenaje á su comercio; aun cuando este se hacia con países lejanos del Oriente, y por los caminos de mas coste y rodeo. Pasaba por varias manos intermediarias, y estaba sujeto á las detenciones y cargas de la navegacion interna, y á las tediosas é inciertas jornadas de las caravanas. Durante mucho tiempo se condujeron las mercancías de la India, por el golfo de Persia, el Eufrates, el Indo y el Oxo, el mar Caspio y el Mediterráneo, para enviarlas desde allí á los varios mercados de Europa. Y aun despues que el soldan de Egipto conquistó los árabes y volvió el comercio á su canal primitivo, todavia era exclusivamente lento y costoso, porque se traian sus preciosos géneros por el mar Rojo y de allí á lomo de camello hasta las orillas del Nilo, de donde se trasportaban á Egipto para entregarlos á los mercaderes italianos. Y mientras absorbían así el tráfico del Oriente, unos monopolistas aventureros subían los precios de todos los artículos, en razon del coste de su conduccion.

El príncipe Enrique concibió la grande idea de circunnavegar el Africa para abrir un camino fácil y directo hasta los manantiales de este comercio, y traerlo repentinamente á un canal sencillo y nuevo, que deramase abundosas corrientes de oro en su patria. Pero los pensamientos de Enrique eran demasiado elevados para su siglo. Tenia que luchar con la ignorancia y preocupaciones del género humano, y que sufrir las dilaciones á que están sujetos los ánimos vivos y penetrantes para asegurarse la tardía cooperacion de la vacilante estupidez. La navegacion del Atlántico estaba aun en su infancia; y aunque algunos se aventurasen á cruzar los mares, los marineros temian adelantarse demasiado en aquel proceloso desierto que ellos creian sin límites. Recelosos de estraviarse en aquella inmensa llanura, jamas osaban desviarse de las costas. Cualquiera levantado cabo, cualquier extendido promontorio, era para ellos un muro que atajaba sus progresos. Rodeaban tímidamente las playas de Berbería, creyendo haber acabado inmortales hazañas, si se alargaban algunos grados mas allá del Estrecho de Gibraltar. El cabo de Non, término de las antiguas empresas, fue por mucho tiempo el limite de su audacia; vacilaban al doblar aquella peñascosa punta azotada por las olas y los vientos que amenazaban lanzarlos sin guia por medio de las ignotas y desamparadas regiones del Océano.

Ademas de estos vagos temores abrigaban otros que eran aceptados hasta por los primeros filósofos de la época. Admitíase entonces como una verdad incontrvertible, la antigua teoría de las zonas, y pensaban en consecuencia que ceñia la tierra hácia el Ecuador una banda, por la que llevaba el sol su fúlgida vertical carrera, separando los dos emisferios con regiones de insoportables calores. El crédulo marinero suponía que fuese el cabo Boyador el último linderó posible de las navegaciones humanas; y decia la superstición de aquellos tiempos, que quien quiera que le doblase, no volvería jamas. Y las rápidas corrientes de sus cercanías, y las furiosas resacas que hieren sus áridas costas, acrecentaban el desmayo de los que llegaban á contemplarlas. Temian que se hallase mas allá la zona Tórrida, region abrasada donde hasta las aguas hervian bajo los rayos de un sol abrasador.

Para disipar estos errores, y elevar la navegacion á la altura de sus pensamientos acudió el príncipe Enrique al socorro de las ciencias. Estableció un colegio

naval, y erigió un observatorio en Sagres, adonde atrajo los mas distinguidos profesores de las facultades náuticas, poniendo de presidente á Jaime de Mallorca, hombre docto en la navegacion, y hábil en el dibujo de cartas y en la construccion de instrumentos.

No tardaron en hacerse conocer los magníficos resultados de este instituto. Se reunieron los dispersos conocimientos geográficos y marítimos, formando de todos un sistema bien ordenado. Se mejoró sobre manera la composicion de los mapas. La aguja de marear se generalizó entre los portugueses, y adquirió el marino nueva audacia al ver que le era dado navegar en el mas nebuloso día, y en medio de la noche mas oscura. Animada la marina portuguesa por estas ventajas, y animada de la poderosa proteccion del príncipe Enrique, no tardaron en darle nombre la grandiosidad de sus empresas, y la extension de sus descubrimientos. Se dobló el cabo Boyador y se penetraron las regiones de los trópicos, arrancándoles sus imaginarios terrores. Se exploraron las costas africanas desde cabo Blanco hasta cabo Verde, y este, y las islas Azores que distan trescientas leguas del continente, salieron rescatadas del poderoso olvido del Océano.

Para asegurar la pacífica prosecucion y goce de estos descubrimientos, obtuvo Enrique la proteccion entonces indispensable de una bula pontificia, por la que se concedió al rey de Luriania la soberanía de todas las tierras que descubriese en el Atlántico inclusa la India, y una indulgencia plenaria para todos los que falleciesen en las navegaciones necesarias, cominando al mismo tiempo con los anatemas de la Iglesia á los que pusiesen obstáculos á tan santa empresa.

Enrique murió el 13 de noviembre de 1473, sin lograr el grande objeto de su ambicion. Muchos años se pasaron antes que Vasco de Gama, siguiendo con una flota portuguesa el rumbo que él habia indicado, realizase sus predicciones doblando el cabo de Buena Esperanza, navegando á lo largo de las costas indias del Sur, y abriendo ancho camino al comercio de las opulentas regiones del Oriente. Pero no murió Enrique sin haber recogido algunos de los preciosos frutos que su espíritu bueno y grandioso habia sembrado. Si no consiguió su objeto, tuvo al menos la fortuna de ver á su nacion en el camino de la gloria. Los descubrimientos de los portugueses eran la admiracion y sorpresa del siglo xv; y el Portugal, una de las menores naciones, se situó rápidamente entre las principales. No efectuaron este cambio las armas, sino las artes; no las estratagemas diplomáticas, sino la sabiduria de un colegio. Fue la grande obra de un príncipe, á quien han pintado justamente como «lleno de actos sublimes y empresas generosas;» y que tuvo por divisa este magnánimo mote: «talento para hacer bien;» el solo digno de la ambicion de los príncipes.

Enrique encomendó á su patria al morir, que prosiguiese los descubrimientos del camino de la India. El comprometió los intereses mercantiles en favor de tan noble causa. Frecuentemente se entregaba Lisboa al tumulto animador de dar al mar nuevas escuadras, ó de escuchar las noticias de las que volvian despues de haber explorado desconocidos rumbos, y visitado extrañas naciones. Todo se lo prometian, y resonaban por todas partes ardientes esperanzas. Las hordas miserables de la costa africana les parecian poderosos pueblos; y las noticias de los opulentísimos países que mas lejos se encontraban, infundian nueva curiosidad y audacia á los viajeros. La ciencia geográfica estaba en su cuna: la imaginacion marchaba á la par de los descubrimientos; y aquella rodeaba de prodigios todo lo desconocido en proporcion de los progresos que se iban haciendo diariamente. La fama de los descubrimientos portugueses y de sus continuas expediciones, atrajo la atencion del mundo. Los extranjeros de todos los países, los letrados, los aventureros

y los curiosos acudían á Lisboa para enterarse de las particularidades, y gozar de las ventajas de tan pingües empresas. Entre estos se hallaba Cristóbal Colon, arrojado, segun unos, á las playas, por una espantosa borrasca, ó atraído, segun otros, por noble curiosidad y en pos de una fortuna honrosa.

CAPITULO IV.

RESIDENCIA DE COLON EN LISBOA. — IDEAS RESPECTO A LAS ISLAS DEL OCEANO.

LLEGÓ Colon á Lisboa por los años de 1470. Estaba entonces en el pleno vigor de su vida, y poseia una presencia halagüeña. Su hijo Fernando, Las-Casas y otros contemporáneos han dado minuciosas descripciones de su persona. Segun estas era alto, bien formado, muscular y de un continente magestuoso y noble. Tenia el rostro largo, y ni lleno ni enjuto; era blanco, pecoso y algo colorado; la nariz aguileña; altos los huesos de las mejillas; los ojos grises claros y fácilmente animados; el conjunto del semblante lleno de autoridad. Los cabellos rubios en su juventud; pero los cuidados y desazones, segun Las-Casas, se los habian vuelto canos prematuramente, tanto que á los treinta años ya estaban del todo blancos. Vestia y comia con suma sencillez; era elocuente sin afectacion, afable con todos, y tan cariñoso y suave en la vida doméstica, que le idolatraban los que vivian á sus órdenes. La magnanimidad de su ánimo subyugó su genio irritable, y le hizo adquirir un comportamiento urbano y una plácida gravedad, que no le permitian el uso de la menor intemperancia en sus palabras. Se distinguió toda su vida por su devocion religiosa, tan distante del fanatismo como de la hipocresia.

Acostumbraba en Lisboa asistir á los oficios divinos en la capilla del convento de Todos los Santos, donde residian á la sazón ciertas Sras. principales. Hizo conocimiento con una de ellas, llamada D.^a Felipa Moñis de Palestrello, hija de Bartolomé, caballero italiano, altamente distinguido entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique, y que habia colonizado la isla de Puerto-Santo, y sido gobernador de ella. Aquella relacion, convertida en un amor vehemente, dió por resultado un matrimonio que manifiesta el desinterés de Colon, porque aquella jóven no llevó dote alguno.

Por esta union se fijó Colon en Lisboa. Como el padre de su mujer habia muerto, fueron los recién desposados á vivir con la madre; quien conociendo la pasion de Colon por todo lo concerniente á estudios marítimos, le comunicó cuanto sabia de los viajes y expediciones de su esposo, entregándole los papeles, cartas, diarios y apuntes que de él le habian quedado. Eran estos otros tantos tesoros para Colon. Por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas; y habiéndose naturalizado en Portugal á causa de su casamiento y residencia, iba á veces á las expediciones de la costa de Guinea. Los dias que pasaba en tierra los empleaba en dibujar cartas geográficas que vendia en seguida para sustentar á su pobre familia. Su situacion era muy apurada; no obstante se asegura que, merced á una grande economía, reservaba una parte de sus ganancias para socorrer á su anciano padre que se hallaba en Génova, y para costear la educacion de sus hermanos menores.

La construccion de una carta ó mapa correcto exigia en aquellos tiempos suficiente instruccion y experiencia para distinguir al que las poseia. La ciencia geográfica estaba todavia en su infancia. Ptolomeo gozaba aun de indisputable autoridad. Manifiestan los mapas de la décima quinta centuria una extraña mezcla de verdad y de error, en que se confunden las fabulas populares y las conjeturas mas extravagantes, con los hechos consignados por la antigüedad, y con otros que los descubrimientos recientes habian revelado. En una época, pues, en que empezaba á desur-

rollarse la pasión por la ciencia marítima, los mapas de un cosmógrafo tan distinguido como Colón, debían tener gran aceptación entre los sabios. En consecuencia, le hallamos ya al principio de su residencia en Lisboa, correspondiéndose con Pablo Toscanelli, florentino, y uno de los hombres más doctos de aquella era, á cuyas comunicaciones se debe en gran parte la resolución que tomó Colón de llevar adelante su carrera posterior.

Al paso que sus trabajos geográficos le elevaban hasta ponerle en comunicación con los doctos, también debieron alimentar en su mente pensamientos análogos á las empresas náuticas. El estudio continuo de mapas y cartas, y el examen de los progresos y dirección de los descubrimientos, debieron hacerle conocer la extensión de aquella ignorada parte del mundo, y meditar sobre los medios de explorarla. Sus negocios domésticos, y las relaciones que por su casamiento había formado, eran también adecuadas para enriquecer esta vena de especulaciones. Habitó algún tiempo en la isla de Puerto-Santo, recientemente descubierta, donde su mujer había heredado cierta propiedad, y donde le dió un hijo que se llamó Diego. Esta residencia le llevó, por decirlo así, á la frontera de los descubrimientos. Una hermana de su mujer estaba casada con Pedro Correa, navegante de nota, que también había sido gobernador de Puerto-Santo. El trato íntimo y frecuente de los dos cuñados, debió ser causa de que se comunicasen mutuamente sus observaciones sobre los descubrimientos, que cerca de ellos se estaban haciendo por las costas africanas, sobre la por tan buscada carrera de la India, y sobre la posibilidad de que existiesen algunas tierras desconocidas al occidente.

También debían recibir en su isla frecuentes visitas de los viajeros de Guinea. Viviendo, pues, entre la agitación y bullicio de los descubrimientos, y con personas que por ellos habían alcanzado honor y fortuna; y viajando siempre por los mismos senderos de sus recientes triunfos, el alma ardiente de Colón se inflamó con más entusiasmo que nunca. Fue el suyo período de estímulo general para cuantos estaban relacionados con la vida marítima, ó residían en la vecindad del Océano. Los últimos descubrimientos habían despertado en todos, el deseo de adelantarse en los desiertos del Océano donde su imaginación exaltada soñaba encontrar ricas y encantadoras islas. Volvieron á circular las opiniones y las fábulas de los antiguos. Se citaba á menudo el cuento de Antilla, grande isla del Océano, descubierta por los cartagineses, y encontró nuevos y firmes creyentes la imaginaria Atalante de Platon. Algunos creían que no eran las Canarias ni las Azores más que despojos que habían sobrevivido á su sumersión, y que podían existir en partes más remotas del Atlántico fragmentos mayores y más apetecibles de ella.

Uno de los síntomas que manifiestan la excitación del espíritu público en aquella época, es la multitud de cuentos respecto á islas desconocidas que habían llegado á hacerse populares. Unos eran puramente fábulas inventadas para entretener el espíritu novelesco de la época; otros tenían su origen en las acaloradas imaginaciones de los viajeros, que se engañaban creyendo islas las nubes de verano apiladas en el horizonte, y que tanta semejanza tienen con el aspecto de distantes tierras.

Un tal Antonio Leone, vecino de Madeira, le dijo á Colón que navegando hacia el Occidente como unas cien leguas mar adentro, había visto tres islas desde lejos. Pero los hechos de esta especie que con más seguridad se contaban, y con más celo se defendían, eran los que una extraña ilusión óptica había hecho concebir á la gente de Canarias. Pensaban que de cuando en cuando se aparecía hacia el Occidente una isla con encumbradas montañas y profundos

valles. No la divisaban sino en los días claros de que gozan los climas de los trópicos; veíanla entonces á través de una atmósfera pura y trasparente con toda la precisión con que pueden distinguirse los objetos situados á larga distancia. Verdad es que solo se descubría la isla á ciertos intervalos, sin que otras veces pudiese percibirse el menor vestigio de ella, por diáfano que el aire estuviese; pero cuando se alcanzaba á ver, era siempre en el mismo sitio y bajo la misma forma. Tan persuadidos estaban los canarios de su realidad, que solicitaron del rey de Portugal permiso para descubrirla y tomar posesión de ella, llegando á ser objeto de muchas expediciones. Sin embargo ninguna planta humana llegó á sentarse en la isla, aunque continuaba engañando á la vista como antes.

No había especie de noción fantástica, dislocada ni grandiosa, que no se formase con respecto á esta tierra imaginaria. Quién suponía que era la Antilla de Aristóteles: quien que era la isla de las Siete Ciudades, así llamada en una antigua leyenda de otros tantos obispos, que con grande multitud de fieles huyeron de España cuando la conquista de los moros, y fueron guiados por el cielo á una isla desconocida del Océano, en donde fundaron siete espléndidas ciudades; por último hasta hubo quien la consideró como la isla también milagrosa, en que según la leyenda desembarcó en la sexta centuria un santo sacerdote escocés, llamado S. Brandan. Esta última opinión fue admitida por todos y la quimérica isla fue bautizada con el nombre de S. Brandan ó S. Borondon, y se continuó poniendo mucho tiempo en los mapas, al occidente de Canarias. Lo mismo sucedió con la fabulosa isla de Antilla; y estos erróneos mapas y soñadas islas han dado en diversas épocas origen á la creencia, de que el Nuevo-Mundo había sido conocido antes del período en que generalmente se coloca su descubrimiento.

Colón, empero, considera todas estas apariencias de tierra como meras ilusiones, suponiendo que deben haberlas causado algunas rocas del mar, que vistas desde ciertas distancias y bajo ciertas influencias atmosféricas, tomarían la forma de islas, ó que quizás habrán sido islas flotantes, como aquellas de que hablan Plinio, Séneca y otros, compuestas de retorcidas raíces, ó de piedras porosas y ligeras, cubiertas de árboles, y que fácilmente puede el viento hacer flotar en varias direcciones.

Las islas de S. Brandan, de Antilla y de las Siete Ciudades han quedado reducidas, ya hace mucho tiempo, á cuentos fabulosos ó ilusiones atmosféricas. Pero no por eso carecen de interés los cuentos sobre ellas basados, porque revelan el estado de la opinión pública con respecto al Atlántico cuando no se conocían aun sus regiones occidentales. Todas las anotó Colón cuidadosamente, y pudieran haber tenido alguna influencia en sus raciocinios; pero aunque de genio visionario, buscaba su ánimo profundo fuentes más ricas para la meditación. Estimulado por el impulso de los sucesos diarios, volvió, dice su hijo Fernando, á estudiar de nuevo los autores de geografía que ya le eran conocidos, y á analizar por principios las razones astronómicas que pudiesen corroborar aquella grande teoría que se iba formando en su mente. Se familiarizó con cuanto se había escrito por los antiguos y descubierto por los modernos, relativo á la geografía. Sus viajes le sirvieron para rectificar sus propias opiniones, y para estimar en su justo valor los principios entonces conocidos de aquella ciencia. Y habiendo su ánimo tomado decididamente este giro, es interesante examinar la masa de hechos reconocidos, de plausibles hipótesis, de narraciones fantásticas y rumores populares, de donde formó el grandioso proyecto de descubrimientos, á fuerza de trabajar para ello con toda la energía y constancia de un vigoroso ingenio.

CAPÍTULO V-

RAZONES EN QUE FUNDABA COLÓN SU CREENCIA DE QUE HUBIESE TIERRAS DESCONOCIDAS EN EL OCCIDENTE.

HEMOS procurado explicar en el capítulo último, por qué medios el espíritu y los acontecimientos de la época en que Colón vivía, le llevaron á la concepción de su gigantesco proyecto. Su hijo Fernando trata de darnos la data precisa, en que fundó su padre el plan de descubrimientos. «Lo que hace, según dice, para mostrar de cuán débiles argumentos se fabricó y nació tan gran proyecto; y para satisfacer á los que deseen saber distintamente las circunstancias y motivos que le llevaron á emprender tal obra.»

Es muy notable y muy singular la manera de formarse esta exposición de las notas y documentos hallados entre los papeles de su padre, para que deje de mencionársela. Explica en ella los fundamentos de la teoría de Colón, bajo tres títulos diversos: primero, la naturaleza de las cosas: segundo, la autoridad de doctos escritores: tercero, las relaciones de los navegantes.

Bajo el primer título establece como principio fundamental, que era la tierra una esfera ó globo, que se podía andar alrededor de oriente á occidente, y que cuando estaban los hombres en puntos diametralmente opuestos, también sus pies y cabezas tenían dirección opuesta. La circunferencia de oriente á occidente en el Ecuador, la dividía Colón, siguiendo á Ptolomeo, en veinte y cuatro horas de quince grados cada una, que hacen trescientos y sesenta grados. De estos imaginaba al comparar el globo de Ptolomeo con los primeros mapas de Marino de Tiro, que conocían los antiguos las quince horas que se extienden desde el estrecho de Gibraltar, ó más bien desde las islas Canarias, á la ciudad de Thinae en Asia, lugar considerado como término oriental del mundo conocido. Los portugueses habían hecho retroceder la frontera occidental con el descubrimiento de las Azores y del cabo de las Verdes, que le aumentaba una hora ó quince grados. Solamente faltaban, pues, por conocer la tercera parte de la circunferencia de la tierra ó, en otros términos, ocho horas según los cálculos de Colón. Este espacio podían llenarlo en gran parte las regiones orientales del Asia, si se extendiesen tanto que casi rodearan el globo, aproximándose á las costas occidentales de Europa y de Africa. La extensión del Océano entre los continentes no sería tanta como pudiera suponerse á primera vista, si se admite la opinión de Alfranganó el árabe, que disminuyendo el tamaño de los grados, daba á la tierra menor circunferencia que otros cosmógrafos; teoría adoptada por Colón á veces. Aceptados estos precedentes, es indudable que siguiendo un rumbo directo de Oriente á Occidente, debía arribarse al Asia imprescindiblemente descubriendo las tierras que hubiese en el camino.

Bajo el segundo título se nombran los autores cuyos escritos ayudaron á convencerle de que el Océano interpuesto era de moderada extensión y fácil de atravesar. Entre estos cita las opiniones de Aristóteles, Séneca y Plinio, asegurando que era posible ir de Cádiz á las Indias en pocos días; y la de Estrabon que sostiene, que el Océano rodea la tierra, y baña en el Oriente las costas de la India, y en el Occidente las de España y Mauritania, siendo fácil navegar de una de estas regiones á la otra en el mismo paralelo.

Se citan las narraciones de Marco Polo, y de Juan Mandeville para demostrar que el Asia, ó la India, como la llama siempre Colón, se extiende hacia el Oriente tanto que comprende la mayor parte del espacio desconocido. Estos viajeros habían visitado en las centurias décima tercera y décima cuarta, remotas partes del Asia, mucho más lejanas que los límites de Ptolomeo; y sus relaciones de la extensión oriental de aquel continente tuvieron gran parte en convencer á Colón de

qué un corto viaje hacia el Occidente le llevaría á sus costas ó á las dilatadas y ricas islas vecinas. Las noticias relativas á Marco Polo las recibió probablemente del ya nombrado Pablo Toscanelli, célebre doctor florentino, con quien en 1474 estaba en correspondencia, y de quien recibió copia de una carta anteriormente dirigida por Toscanelli á Fernando Martínez, docto canónigo de Lisboa. Se sustentaba en ella que solo había cuatro mil millas de distancia desde Lisboa á la provincia de Mangui, cerca del Cathay, reconocida después como la costa del norte de la China y que por consiguiente nada era más fácil que llegar á la India por el rumbo occidental. Daba una descripción magnífica de estos países, tomada de la obra de Marco Polo. Añadía que se encontraban por el camino las islas de Antilla y Cipango, distantes entre sí solo doscientas veinte y cinco leguas, abundantes en riquezas, y con buenos puertos; adonde podían arribar las naves, y obtener auxilios y refrescos para el viaje.

Bajo el título tercero se enumeran varias indicaciones de tierras occidentales que había el mar traído á las costas del mundo antiguo. Es de observar como Colón recogía con avidez todas las noticias y todos los datos que podían arrojar alguna luz sobre su deslumbradora teoría. Parece que daba atento oído hasta á las escasas noticias derivadas de los marinos veteranos, que habían servido en los recientes viajes á las costas africanas; y también á las de los habitantes de las islas acabadas de descubrir, que vivían en cierto modo en los puntos fronterizos de los conocimientos geográficos. Todas estas se encuentran cuidadosamente anotadas en sus apuntes, quizá para que se grabasen más profundamente entre los hechos y opiniones que ya enriquecían su entendimiento.

Tal es, por ejemplo, el hecho que le refirió Martín Vicente, piloto al servicio del rey de Portugal: díjole este que navegando á cuatrocientas cincuenta leguas al oeste del cabo de S. Vicente, sacó del agua un pedazo de madera entallada, cuyos adornos se habían trabajado al parecer sin instrumentos de hierro. Como los vientos le traían del Occidente, podía venir de alguna tierra desconocida de aquella región.

Dícese además que había sido hallado otro madero por el cuñado de Colón, Pedro Correa, en la isla de Puerto Santo, y que le había oído hablar al rey de Portugal de ciertos juncos de grande tamaño que habían venido flotando del Occidente. Colón creía reconocer, por su descripción, las inmensas cañas que según Ptolomeo crecen en la India.

Se encuentran del mismo modo anotados los informes que le dieron los habitantes de las Azores, relativos á ciertos troncos de desmesurados pinos; desconocidos en todas las islas, é igualmente arrojados á sus playas por los vientos occidentales; pero sobre todo de dos cadáveres arrojados por el mar en la isla de las Flores, cuyas facciones se asemejaban muy poco á las de las razas humanas conocidas.

Hay además de estas, la relación de un marinero del Puerto de Sta. María, que aseguraba, que viajando para Irlanda había visto tierra al Occidente, y oído decir á la tripulación, que sería algún extremo promontorio de la Tartaria. Otras innumerables fábulas están igualmente anotadas, á las que Colón no daba la menor importancia.

Tal es el extracto de las razones de donde, según Fernando, partía su padre, procediendo después de argumento en argumento hasta concluir, que había tierras desconocidas en la parte occidental del Océano, que podía llegarse á ellas, que eran fértiles, y por último que estaban habitadas.

Es evidente que Colón no tuvo conocimiento de muchos de los hechos que acaban de enumerarse hasta después de estar seguro de sus propias opiniones; pero es interesante saber todo lo que directa ó indirectamente pudo conducirle á tan elevada empresa

pues todo lo que ilustra el proceso de pensamientos que condujeron á tan grandioso resultado, es altamente interesante; y el órden de deducciones que aquí se presenta, aunque quizá no tenga el encañamiento más lógico, por estar sacado de los papeles mismos de Colon, ocupará siempre un lugar distinguido entre los documentos más importantes de la historia de la razón humana.

Fijando un poco la atención en esta exposición desde luego se conoce que el grande argumento que indujo á Colon á emprender sus descubrimientos, fue el comprendido bajo el primer título á saber: que la parte más oriental del Asia conocida por los antiguos, no podía estar separada de las islas Azores, más que por la tercera parte de la circunferencia del globo; que el espacio interpuesto debía de estar en parte ocupado por el residuo desconocido del Asia; y que como la circunferencia del mundo era menor de lo que generalmente se suponía, podría llegarse á las costas asiáticas por medio de un moderado viaje al Occidente.

Forzoso es confesarlo: el logro de esta empresa fue debido en gran parte á dos felices errores: la extensión imaginaria del Asia hácia el Oriente, y la supuesta pequenez de la tierra: errores ambos de los más doctos y profundos filósofos; pero sin los cuales apenas hubiera osado Colon aventurarse en su posterior carrera. En cuanto á la idea de encontrar tierra navegando directamente al Occidente, nos es tan familiar ahora, que disminuye en cierto modo el mérito de la concepción primera; y la valentía del primer ensayo: pero entonces era desconocida la circunferencia del globo; nadie podía negar que fuese inmensa la extensión, é imposible la travesía del Océano, ni se habían descubierto aun las leyes de la gravedad específica, ni de la gravitación central, que supuesta la redondez del mundo, hacen evidente el poder rodearle. La posibilidad, pues, de encontrar tierras navegando al Occidente, era uno de aquellos misterios de la naturaleza que se consideran increíbles, mientras son objetos de mera especulación, y verdades las más sencillas después de haberse penetrado.

Cuando hubo establecido Colon su teoría, se le fijó en el ánimo con singular firmeza, influyendo mucho en su carácter y conducta. Jamás hablaba de ella sino con la seguridad y la resolución de un hombre que tiene fe en lo que dice. No había adversidad ni desengaño alguno que pudiese distraerle de la vigorosa prosecución de su objeto. Se mezclaba con sus meditaciones un profundo sentimiento religioso, que las matizaba á veces de superstición, pero de una superstición grandiosa y sublime, mirándose como instrumento del cielo, escogido entre los hombres y las generaciones para cumplir sus altos designios; y suponía haber visto sus contemplados descubrimientos predichos en las sagradas Escrituras, y anunciados también en las místicas revelaciones de los profetas. Se juntarán los extremos de la tierra, y todas las naciones y las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor. Esta había de ser la consumación triunfante de su empresa; poner las más remotas y desconocidas regiones del universo en comunión con la cristiana Europa; llevar la luz de la verdadera fé á las tenebrosas repúblicas paganas, y reunir sus innumerables naciones bajo el santo dominio de la Iglesia.

El entusiasmo con que emitía sus pensamientos daban elevación á su alma y le rodeaban de cierta grandeza que le hacía parecer superior á los demás. Conferenciaba con los soberanos, casi como si fuesen sus iguales. Sus proyectos eran régios, altos y sin límites; los descubrimientos que proponía, eran de imperios; las condiciones, de proporcionada magnificencia; y no quiso nunca, ni aun después de largas dilaciones, repetidos desengaños y amargos padecimientos, bajo la opresión de la penuria y la indigencia, rebajar en

lo más mínimo las que se creían entonces extravagantes peticiones, por la mera posibilidad de un descubrimiento.

Los que no podían entender cómo un ingenio ardiente y dilatado llegaría á tan firme convicción por medio de razones presuntivas, buscaron varios modos de explicarlo. Después que un glorioso resultado estableció la exactitud de las opiniones de Colon, los mismos que antes le calificaban de loco se propusieron demostrar que el descubrimiento de aquellas tierras lo debía á previos informes. Entre otros esfuerzos se hizo el de circular una odiosa historia de cierto viejo piloto que había muerto en su casa, dejándole relación circunstanciada de unos países desconocidos hácia el Occidente, á los que le habían echado vientos contrarios. Este cuento no tenía más fundamento, según Fernando Colon, que cualquiera de las consejas populares acerca de la fantástica isla de S. Brandan, que un capitán portugués imaginó haber visto más allá de Madeira á su vuelta de Guinea. Circuló, empero, por algún tiempo como un rumor despreciable, alterado y dispuesto según las miras de los que deseaban oscurecer la gloria de Colon. Al fin logró imprimirse, y varios historiadores lo repitieron, cambiándolo de forma en cada narración, y con mil contradicciones absurdas.

Dijose además que Colon fuera precedido en sus descubrimientos por Martín Behem, cosmógrafo contemporáneo que había desembarcado accidentalmente en la costa del sur de América, en el discurso de una expedición africana, y que si hizo Colon su viaje fue sirviéndose de un mapa ó globo de la proyección de Behem, en que estaban designados los países recién descubiertos. Este rumor debió su origen á una desatinada interpretación de cierto manuscrito latino, sin documentos que lo justificasen; hubo lo obstante quien le dió entero crédito y aun hace pocos años se le hizo revivir con más celo que discreción; pero en el día descansa ya victoriosamente refutado. La tierra que visitó Behem era la costa del África, más allá del Ecuador; la proyección de su globo no se concluyó hasta el año de 1492, mientras Colón estaba ausente en su primer viaje, y una prueba incontestable de que el autor desconocía su existencia es el no contener traza alguna del Nuevo Mundo.

Hay, por desgracia, en las letras cierto espíritu entretenido é impertinente, que con hábito de docto exámen sigue, espíandolas, las huellas de la historia, mina sus monumentos, y daña y mutila sus más hermosos trofeos. Pero los grandes nombres deben vindicarse á toda costa de tan pernicioso erudición, cuyo conato no es otro que paralizar la saludable doctrina que encierra en sí la historia, al darnos ejemplos de lo que puede acabar el ingenio humano, entregado á laudables empresas. Por esta razón nos hemos propuesto en los capítulos anteriores exponer con la mayor claridad las causas que hicieron concebir á Colon el colosal pensamiento á que debe su inmortalidad; entre las cuales mencionamos como la primera á su ingenio, sin olvidar por eso ni el estado de los conocimientos geográficos de su siglo, ni las vislumbres dispersas de la ciencia, cuya luz recibían en vano las inteligencias vulgares.

CAPITULO VI.

CORRESPONDENCIA DE COLON CON PABLO TOSCANELLI.—SUCESOS DE PORTUGAL RELATIVOS Á DESCUBRIMIENTOS.

AUNQUE YA EN 1474 había concebido Colon el designio de buscar un camino occidental para la India, todavía no se había desarrollado suficientemente en su cabeza este proyecto. Así aparece de su correspondencia del verano de aquel año con el docto florentino Pablo Toscanelli. En una carta de este, respondiendo á otra de Colon, aplaude el proyecto que su

corresponsal había formado de hacer un viaje al Occidente. Y para demostrar la facilidad de llegar á la India en aquella dirección, le envía un mapa, proyectado en parte según Ptolomeo, y en parte con arreglo á las descripciones del veneciano Marco Polo. La costa oriental del Asia se suponía enfrente de las occidentales del África y de Europa, con un moderado espacio de mar entre ellas, en que se colocaban, á convenientes distancias, Cipango, Antilla y otras islas. La carta y mapa de Toscanelli, uno de los más hábiles cosmógrafos de su tiempo, infundieron nuevo aliento á Colon. Parece que se procuraría Toscanelli la obra de Marco Polo, que se había traducido á varias lenguas, y existía manuscrita en las más de las bibliotecas. Este autor da prodigiosas descripciones de las riquezas de Cathay y Mangui ó Mangu, reconocidas después como las costas Norte y Sur de la China, á las cuales, según el mapa de Toscanelli, llegaría sin duda el viajero que navegase en el rumbo directo del Occidente. Describe con la mayor mesura el poderío y la magnificencia del soberano de aquellos dominios, el gran Khan de Tartaria, y la grande extensión de sus capitales de Cambalu y Quinsai, y las maravillas de las islas de Cipango y Zipangui, que se supone designan el Japon. Esta isla la sitúa enfrente de Cathay, quinientas leguas dentro del Océano, y dice que era rica en oro, piedras preciosas y otros artículos de comercio, y que tenía un rey, cuyos alcázares estaban cubiertos con tejas de oro, así como los palacios de otros países las tienen de plomo. Muchos creían quiméricas las relaciones de este navegante; pero aunque llenas de seductoras exageraciones, se ha probado después, que son sustancialmente correctas: se hace aquí especial mérito de ellas, por lo que influyeron en la imaginación de Colon.

La obra de Marco Polo es la verdadera llave de muchas partes de su historia. Colon habla de las tierras que se promete descubrir, en las instancias dirigidas á diferentes córtes, como pudiera hablarse de aquellas regiones encantadas descritas por los viajeros venecianos. Los territorios del gran Khan eran el objeto de todos sus viajes; y en sus cruceros por las Antillas se lisonjaba sin cesar con la esperanza de hallarse cerca de las islas opulentas de Cipango y de las costas de Mangui y de Cathay.

Mientras se maduraba en su razón el designio de emprender los descubrimientos del Occidente, hizo Colon un viaje al norte de Europa, del cual solo se conserva el siguiente pasaje, extractado por Fernando de una de sus cartas.—«En el año de 1477, por febrero navegué más allá del Tile cien leguas, cuya parte austral dista de la equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como quieren algunos; y no está sita dentro de la línea que incluye el Occidente de Ptolomeo, sino es mucho más occidental; y los ingleses, principalmente los de Bristol, van con sus mercaderías á esta isla, que es tan grande como Inglaterra; cuando yo fui allá, no estaba helado el mar, aunque las mareas eran tan gruesas que subían veinte y seis brazas, y bajaban otro tanto.»

La isla que aquí se cita como Thule ó Tile, creíase que fuese Islandia; que dista al Occidente de la última Thule de los antiguos, según se nota en el mapa de Ptolomeo. Esto es lo único que se sabe de ese viaje, en el cual no obstante se vislumbran, los vehementes deseos que Colon tenía de ensanchar los límites del mundo conocido.

Mucho tiempo trascurrió sin ningún esfuerzo decidido de parte de Colon, para llevar á cabo este designio. El mal estado de su fortuna le impedía armar los buques, y hacer los preparativos necesarios para tal expedición. Y como esperaba además encontrar vastos países de infieles, sin sujeción á poder legal alguno, consideraba que no podía dar principio á su empresa, sino bajo la protección y con la poderosa

ayuda de algún estado soberano, capaz de arrogarse el dominio de los territorios descubiertos, y de recompensarle sus servicios con dignidades y distinciones proporcionadas á ellos.

En la última parte del reinado de Alonso de Portugal había poco celo por los descubrimientos para esperar que se aceptasen proposiciones relativas á ellos. El rey estaba harto entretenido con las guerras contra España y éranle estas demasiado costosas para que entrase en semejantes empresas. Tampoco el espíritu público estaba preparado para peligrosas aventuras. No obstante los muchos viajes que se habían hecho á la costa de África é islas adyacentes, y la generalidad con que ya se usaba la aguja náutica, mil impedimentos eucadenaban aun la navegación, y rara vez se decidía el marinero á perder la tierra de vista.

Los descubrimientos progresaban lentamente en las costas africanas; pero los navegantes recelaban lanzarse mar adentro por el hemisferio del Sur, cuyas estrellas desconocían completamente. Les parecía á aquellos hombres tan extravagante el proyecto de un viaje al Occidente por medio de las inmensas llanuras del Océano, en busca de una tierra fantástica, como parecería en la presente edad el de lanzarse en un globo por los aires en busca de alguna dista y estrella.

Pero estaban cerca los tiempos que habían de extender el poder de la navegación. La época era propicia para el rápido adelanto de los conocimientos. La reciente invención de la imprenta facilitaba el veloz y extenso comercio de las ideas humanas: sacó las ciencias de las bibliotecas y de los conventos, y las trajo familiarmente al bufete del estudiante. Los volúmenes que existían antes en costosos manuscritos, cuidadosamente atesorados adonde no pudiese llegar la mano del indigente escolar, ni del oscuro artista, se veían ya sin admiración por todas las mesas. Estaba decretado que no hubiese de allí adelante retroceso en la sabiduría, ni pausas en su carrera. Cada uno de sus pasos progresivos se promulgaba inmediata, simultánea y profusamente, se recordaba en mil formas diversas, y se fijaba para siempre. La edad de las tinieblas había pasado para siempre, podían algunas naciones cerrar los ojos á la luz, y vivir porfiada y voluntariamente en el oscurantismo; pero no les sería dado oscurecerla ni apagarla; y á pesar de todos los esfuerzos, resplandecería cada vez más hermosa en otras partes del mundo, que haría felices el poder difusivo de la imprenta.

Entonces tomó el cetro de Portugal un monarca de diferente ambición que Alonso. Juan II tenía por los descubrimientos la misma pasión que su tío el príncipe Enrique, y con su reinado revivió la actividad por ellos. Su primer cuidado fue edificar un fuerte en S. Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, para proteger el comercio de oro en polvo, marfil y esclavos que se hacía por los alrededores.

Los descubrimientos africanos habían sido muy gloriosos para Portugal, pero también muy caros. Se esperaba empero que el descubrimiento del camino de la India remunerarían todas sus fatigas y sacrificios, abriéndole á la nación un manantial incalculable de riquezas. El proyecto del príncipe Enrique, lentamente seguido por medio siglo, había despertado una viva curiosidad acerca de las partes remotas del Asia, y vivificado todas las narraciones verdaderas y falsas de los viajeros.

Además de las maravillosas descripciones de Marco Polo, existían otras del rabí Benjamin ben Jonah de Tudela, célebre judío español, que salió de Zaragoza en 1173 para visitar los dispersos restos de las tribus hebreas, donde quiera, que estuviesen sobre la faz de la tierra. Vagando así con incansable celo por la mayor parte del mundo conocido, penetró en la China, y pasó por ella á las islas del sur del Asia. También habían escrito sus viajes Carpini y Ascellin,